

Número 1 : San José, 30 de Setiembre de 1918 : Año I

LECTURAS



Señorita Emilia Jiménez Guardia

Precio: 20 CÉNTIMOS ejemplar



056

A MANERA DE PRÓLOGO

Los editores de *RENOVACIÓN* que desde hace algún tiempo ofrecen al público variados volúmenes de literatura, injertarán cada mes en su Biblioteca antologías de poetas y escritores hispanoamericanos con lo cual se facilitará la obra de la crítica que de este modo llegará a conocer las tendencias que privan en cada país, de estos nacidos ayer a la vida de la libertad y cuyo mundo intelectual alumbra el eterno y fecundante Sol de Castilla.

Las letras reflejan siempre la cultura de las naciones; son el espejo de la Naturaleza, trasunto fiel de las costumbres, y el molde—vasto o delicado—en que se agitan los anhelos de una región o las inquietudes de una raza.

Al azar los editores de *RENOVACIÓN* escogieron una República entre las del Istmo para comenzar sus antologías y le tocó en suerte a Nicaragua iniciar el desfile.

Nicaragua es tierra privilegiada: posee inmensos lagos, prodigiosas montañas, un famoso río que facilitará en lo futuro la comunicación interoceánica, y alturas mentales como la de ese enorme poeta que se llamó Rubén Darío.

Marco estrecho es este volumen para contener siquiera fragmentariamente toda la producción intelectual de Nicaragua y es el propósito de los editores, dedicarle un poco más tarde otro folleto, pues se han hecho exclusiones de última hora a fin de no aumentar el precio del cuaderno actual, ya que la casa impresora en su afán de extender su acción de cultura, aspira a mantener las ediciones populares.

Nos circunscribiremos a enumerar los escritores que faltan: en lo político José Madriz, Anselmo H. Rivas, Carlos Selva, Rigoberto Cabezas, Leonardo Argüello, Félix Quiñones, Silvio Selva, Salvador Mendieta, Adolfo y Adán Vivas, Alejandro Bermúdez, Rosendo Argüello,

Modesto Armijo, Sofonías Salvatierra y Anselmo Fletes Bolaños.

Faltan los filólogos, cuyo más alto representante es el Doctor Mariano Barreto; los poetas de antaño Francisco Zamora, Cesáreo Salinas, Carmen Díaz, Felipe Ibarra y Samuel Meza; las vigorosas mentalidades de Pablo Buitrago, Buenaventura Selva, Modesto Barrios y José Francisco Aguilar.

Los historiadores: Jerónimo Pérez, Tomás Ayón y José Dolores Gámez.

Entre los prosistas y poetas—muy jóvenes algunos—hacen falta en esta antología Heliodoro Barrios, Isidro Urtecho, Salvador Castrillo, Leopoldo Rocha, Luis Angel Villa, Nicolás y José María Paniagua Prado, Timoteo Vaca, Cimón Barrieto, Arcadio Choza, Juan Rafael Guerra, Antonio Barquero, Ramón Sáenz Morales, Antonio Bermúdez, Roberto Barrios, Virgilio Zúñiga (Zurbarán), Octavio Rivas Ortiz, Aristides Mayorga, Enrique Belli, Máximo Jerez C., Cornelio Sosa, Juan Bautista Prado, Ramón Romero, Jerónimo Ramírez Brown, Gustavo Abaunza, Francisco Baca h., Constantino Hernández, Salvador Sacasa, Arturo Núñez, José Dolores Morales, Belisario Salinas, Francisco Buitrago, Carlos A. Bravo, María C. Zapata, Francisca Glenton, Eduardo Avilés, Armando Saavedra, Fernando García, Rosa Umaña Espinoza y Gabry Rivas.

El por qué de esta deficiencia queda suficientemente explicado y lo hacemos constar así para que no se alegue ignorancia respecto a la Casa editora que realiza este empeño.

ANGEL LAZO

Prólogo del tomo *Antología Hispano-Americana*, Nicaragua, publicado en *RENOVACIÓN*; Falcó y Borrásé, editores, San José, Costa Rica.

 **Lea EOS** 

372

Antología Hispano-Americana (Nicaragua)

Publicada en la Biblioteca *RENOVACIÓN*

San José, Costa Rica

30 de Setiembre de 1918

LECTURAS

Director: LEONARDO MONTALBÁN

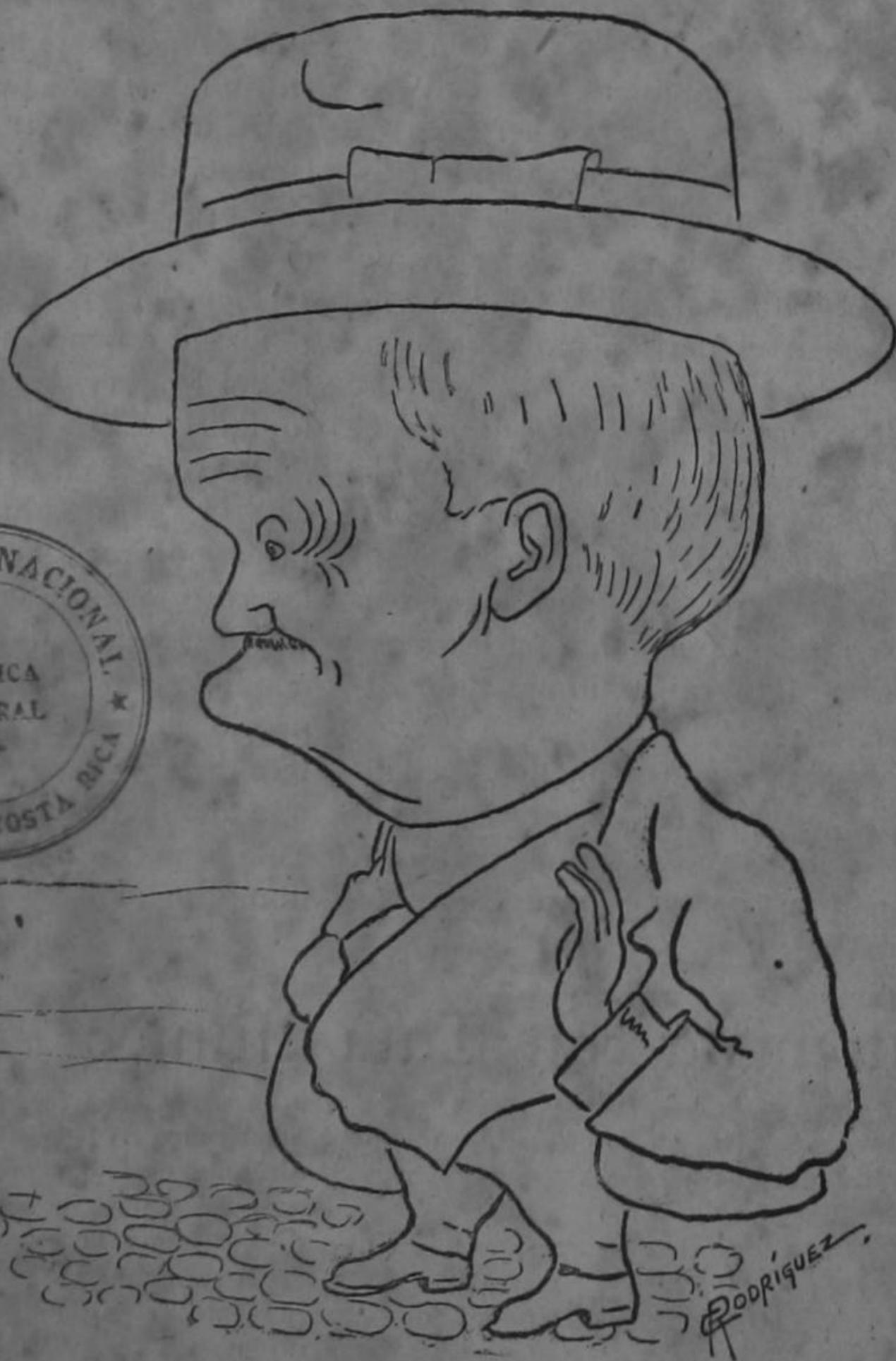
Año I

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 1

Editores: FALCÓ & BORRASÉ

Gente conocida



Edmundo Gutiérrez

Página del Director

Es de rigor al presentar al público una hoja periódica, dar a conocer los propósitos que animan al Director y Redactores, y las frases que en esta ocasión se consignan sirven de programa que los lectores tienen derecho a exigir que se cumpla, por respeto a la palabra solemnemente empeñada y al ideal perseguido.

Ese ideal, cualquiera que sea, debemos defenderlo, brava y serenamente, como que en él descansan nuestras más firmes convicciones.

El programa de esta revista es de cultura, de difusión de ideas, en la forma que lo exige el periodismo contemporáneo.

Cultivaremos todos los campos: el de las ciencias y el de las letras, la vida anecdótica y la vida social; poesía, historia, crónica, información, todo lo reflejará nuestro papel periódico, acudiendo en su oportunidad a las artes auxiliares, fotografía, dibujo y caricatura.

La revista es un vehículo de civilización que atraviesa fronteras, realizando el intercambio intelectual a fin de estrechar comunes intereses y aspiraciones.

Es como un tren en marcha—alado y férreo a la vez—desde el cual se contempla el llano o la montaña, el cielo o el mar, como en una pantalla de cine.

Es un vehículo en marcha, pero que se detiene a esperar que suba el escolar bullicioso y alegre, la damita de extraño porte, el hombre de alto espíritu y de cabeza pensadora y hasta el individuo del montón, el buen burgués con sus dorados anteojos, perdido casi siempre en el laberinto de sus negocios.

Tiene la revista un doble carácter, realiza dos funciones, la del Diario y la del Folleto. Es su verdadera psicología.

No existe en el país publicación de esta índole; de ahí que sea enorme la tarea por realizar y grandes también las responsabilidades.

Necesitados del apoyo del público, acudimos en tal demanda, fijando un precio ínfimo—20 céntimos—a cambio de una revista variada y amena que circulará en el primer semestre cada quince días y después todos los domingos.

Entrevista con Tata Mundo

Le alcancé y le palmoteé cariñosamente la espalda, presentándomele.

—Germann Shide.

—Edmundo Gutiérrez—correspondió atentamente.

—Yo soy un agente viajero—le dije—y deseo hablar con usted.

—¿De dónde es usted?

—Mexicano, pero represento una casa

americana. Ayer estuve en su casa sin tener el honor de encontrarlo.

—Lo espero mañana, entre 12 y 1—me dijo y se entró en una casa de comercio.

Al siguiente día, a la hora aplazada, me presenté a su domicilio. Estirado, pereceando en un canapé, hallé a un viejo rechoncho cuñado del ex-Presidente Esquivel; y Tata Mundo, metido en un reservadito, a

puerta abierta, cocinaba o lavaba: se oía ruido de chorro de agua o de manteca en cacerola: un momento después salió y nos saludamos, preguntándome a continuación:

—¿Está muy rico Villa?

—Algo, posee unos cinco o seis millones en piedras preciosas.

—¿Quitadas a los indios?

—No, quitadas a los ricos. Por allá no estaría muy bien usted.

—Jugaría el todo por el todo... y sonrío jugando la dentadura postiza en la punta de la lengua.

Pasa una muchacha hermosa por la acera opuesta. El viejo del canapé murmura y él indica:

—De tentarle la paciencia—y bailan sus dientes al son de su risa.

—¿Cómo la paciencia?

Y me explica entonces una tamaña barbaridad.

Al rato llega otro estorbo, para mis planes. Un doctor o licenciado Picado, moreno y de barba negra. Juntos nos ponemos a echar juicios sobre la situación del país, ya que en este momento, Tata Mundo me ha presentado diciendo:

—Germann Shide—agente viajero mexicano.

Maldito el estimable señor del canapé: anda en sus bolsillos una colección de monedas ticas y defiende al Gobierno a cuchillo y machete en asuntos de monedas.

—Conoce éstas, estas otras,—me dice a cada instante.

—La situación del país es pésima—dice Tata Mundo—y todo va mal. Los hombres van comiendo muy adelantados, al fiao. Aquí no tardará en llegar la zoga de los yanquis.

Uno de los otros dos arguye no sé qué y él se aventura a decir que Chile...

—¿A qué negocio se está dedicando ahora?

—Estoy liquidando para meterme luego en una finca.

Pero me dicen que aquí se consigue muy buen campo para colocar dinero al interés. El 10 y hasta el 25 por ciento.

—Sí—dice—el 10 ó el 12 por ciento lo más.

—¿Y hay mucho préstamo sobre alhajas en este país?

—Bastante. Cuando hay función en el

Nacional, hay mujeres que empeñan hasta los raiceros.

—¡Los raiceros!

—Sí, en tesis general se llaman así los fustanes.

(Risas, risas, risas en la barra).

—¿Por qué no establece usted un Banco de agricultura? Yo le ayudaría con gusto: con un millón de colones basta.

—Pero no lo tengo—y continuó: cuando llegó Ricardo Jiménez al Poder, había siete millones de dólares en caja. Podía haber hecho veintiuno conforme a nuestras leyes y fundar un banco protector de la agricultura, pero no hizo nada. Dicen que los pagaron, la cosa es que desaparecieron. Ricardo Jiménez puede ser muy inteligente, muy erudito, pero es muy bruto en materia de negocios.

Tomó juelgo y prosiguió.

—Después, las elecciones se las disputaban don Máximo Fernández, el doctor Durán y Rafael Iglesias, pero vino y dejó a ese alguacil o sacristán herediano; nosotros queríamos un costarricense. Luego surgió Pelico (y suelta una risa complacida).

—¿Usted contribuye con cantidades fuertes para la política?

—En tiempo de elecciones con cuotas semanales.

—En las próximas tendrá que gastar mucho dinero.

En 1922, si las hay.

—Dígame, ¿existe el ahorro en este país?

—No, aquí no hay ni orden ni regla ni nada.

—¿Ha ido usted a Estados Unidos o Europa?

—A Estados Unidos, dos veces.

—¿Le gustó?

—Mucho. Me encontré con aquel diablo de Juan Ulloa — que Dios haya perdonado — y me llevó por todas partes. En este año pensaba ir a Europa, pero esos aeroplanos pueden quebrarle una canilla a uno.

—¿Nunca se ha metido usted en negocios arriesgados?

—Nunca.

—Perdone, ¿usted es tan sabio que no lleva contabilidad?

—No llevo: únicamente un libro de cargo y data, ¿y para qué más?

Sobre la caja de hierro estaba el libro

donde de seguro estaban apuntados los plátanos que en un banquillo estaban al expendio y en una esquina de la sala encima del mismo libro, reposaban un montón de billetes.

Tata Mundo a fuer de curioso, me preguntó por muchos países. Le extrañaba oírme decir que Costa Rica es uno de los países más baratos de la tierra.

—No suponía que Nicaragua estuviera al nivel siendo colonia americana,—me dijo.

—No Mundo—arguye el viejo del canapé—no es colonia sino protectorado.

Para despedirme, todos se levantaron muy reverentemente. Quise hablarle al oído de un negocio fraudulento, pero los otros molestaron mucho, sobre todo el del canapé que me contó la mar y sus conchas de París.

Que guarda la mantequilla en su caja de hierro, por Dios que es falso. Yo no la ví, la caja estaba cerrada, pero sí tenía en el manubrio algo blanquisco y pegajoso. ¡Por Dios que es falso!

Armando Saavedra

San José, agosto de 1918.

Los Cuentos de mi tía Panchita*

Mi tía Panchita era una mujer bajita, menuda, que peinaba sus cabellos canosos en dos trenzas, con una frente grande y unos ojos pequeños y risueños. Iba siempre de luto, y entre la casa protegía su falda negra, con delantales muy blancos. En sus orejas, engarzados en unos pendientes de oro, se agitaban dos de mis dentzuelos de leche. Quizá por esto soñé una vez, que yo era chirrisca, chirrisca como un frijol y que estaba suspendida de un columpio de oro asegurado en una de las orejas de la tía Panchita. Yo me columpiaba y hacía cosquillas con los pies en su marchita cara, lo cual la ponía a reír a carcajadas.

Ella solía decir que los tenía allí prisioneros, en castigo de los mordiscos que hincaron en su carne cuando estaban firmes en las encías de su dueña, quien solía tener tremendas indiadas.

Diligente y afanosa como una hormiga, era la anciana, y amiga de hacer el real con cuanto negocio honrado se lo ponía al frente. Eso sí, no era egoísta como la antipática hormiga de la fábula, que en más de una ocasión la sorprendí compartiendo sus provisiones con alguna calavera cigarra.

Habitaba con mi tía Jesús, impedida de las manos por un reuma, en una casita muy limpia en las inmediaciones de El Morazán. La gente las llamaba «Las Niñas» y hasta sus hermanos Pablo y Joaquín, cuando me enviaban donde ellas me decían: —Vaya donde «las Niñas.»

Hacía mil golosinas para vender, que se le iban como agua y que tenían fama en toda la ciudad. En el gran armario con puertas de vidrio que había en el pequeño corredor de la entrada, estaban los regalos que sus manos creaban, para el paladar de los josefinos: las cajetas de coco y de naranja agria más ricas que he comido en mi vida; quesadillas de chiverre que muchas veces hicieron flaquear mi honradez; muñequillos y animales fantásticos de una pasta de azúcar muy blanca que jamás he vuelto a encontrar; bizcocho y tamal asado que atraían compradores de barrios lejanos: de El Paso de la Vaca y de

la Soledad; en frascos de cristal estaban sus perfumados panecillos de cacao Matina con los que se hacía un chocolate cuyo sabor era una delicia, y que coronaba las tazas con un dedo de rubia espuma.

Ella fué quien me narró casi todos los cuentos que poblaron de maravillas mi cabeza.

Las otras personas de mi familia, gentes muy prudentes y de buen sentido, reprochaban a la vieja señora su manía de contar a sus sobrinos aquellos cuentos de hadas, brujas, espantos, etcétera, lo cual según ellas, echaba a perder su pensamiento. Yo no comprendía estas sensatas reflexiones. Lo que sé, es que ninguno de los que así hablaba, logró mi confianza y que jamás sus conversaciones sesudas y sus cuentecitos científicos que casi siempre arrastraban torpemente una moraleja, despertaron mi interés. Mi tío Pablo, profesor de Lógica y de Ética en uno de los colegios de la ciudad, llamaba despectivamente cuenteretes y bosorola a los relatos de la vieja tía. Quizá las personas que piensan como el tío Pablo, les den los mismos calificativos y tendrán razón, porque estos serán el resultado de sus ordenadas ideas. En cuanto a mí, que jamás he logrado explicarme ninguno de los fenómenos que a cada instante ocurren en torno mío, que me quedo con la boca abierta siempre que miro abrirse una flor, guardo las mentiras de la tía Panchita al lado de las explicaciones que sobre la formación de animales, vegetales y minerales, me han dado profesores muy graves y sabios.

¡Qué sugerencias tan intensas e inefables despertaban en nuestras imaginaciones infantiles, las palabras de sus cuentos, muchas de las cuales fueron fabricadas de un modo incomprensible para la Gramática, y que nada decían a las mentes de personas entradas en años y en estudios!

Recuerdo el cuento de «La Cucarachita Mandinga» («La Hormiguita» de Fernán Caballero vaciado en molde tico) que no nos cansábamos de escuchar.

* De la colección de cuentos recogidos entre nuestro pueblo, la cual llevará como título: «Los cuentos de mi tía Panchita».

¡La Cucarachita Mandinga!

Jamás podré expresar el picaresco encanto que este adjetivo de «Mandinga», puesto con tanta gracia a la par del nombre «la Cucarachita», por los labios de quién sabe que abuela o vieja china, vaciaba en nuestro interior.

¿Mandinga? Ninguna de las definiciones que sobre esta palabra da el diccionario, responde a la que los niños nos dábamos sin emplear palabras, de aquel calificativo que se agitaba como una traviesa llamita nacarada, sobre la cabeza de la cóqueta criaturilla.

Los cuentos de la tía Panchita eran humildes llaves de hierro que abrían arcas cuyo contenido era un tesoro de ensueños.

En el patio de su casa, había un pozo, bajo una chayotera que formaba sobre el brocal un dosel de frescura.

A menudo, sobre todo en los calores de marzo, mi boca recuerda el agua de aquel pozo, la más fría y limpia que hasta hoy probara, que ya no existe que agotó el calor, y sin quererlo mi voluntad mi corazón evoca al mismo tiempo la memoria de mi alegría de entonces, cristalina y fresca, que ya no existe, que agotó el dolor.

La viejecilla me contaba sobre este pozo, mentiras que hacían mis delicias: En el fondo había un palacio de cristal, en el que las lámparas eran estrellas. Allí vivían un rey y una reina que tenían dos hijas muy lindas: una morena de cabellera negra que le llegaba a la rodilla, con un lunar en forma de flor en una mejilla, la otra blanca, con el cabello de oro que le arrasaba y con un lunar azul en forma de estrella. La rubia era mi predilecta, y el lunar azul de su mejilla, en forma de estrella, era una fuente de ensueños para mí.

Yo gozaba cuando la tía Panchita cogía su tinaja y se encaminaba al pozo. La precedía brincando cual si fuese a una fiesta.

¿Qué sonidos más extraños y atrayentes subían de aquel profundo agujero umbrio, en cuyo fondo dijérase que había luces que se encendían y apagaban. (Hoy sé, que eran los temblorosos girones de claridad que había entre el follaje que lo cubría, pero entonces, creía que eran las lámparas de que me hablara la anciana.) El brocal y las paredes estaban tapizadas por un musgo verde y dorado. Las gotas que rezumaban caían y producían una música tan delicada!... Tin... tan... La anciana decía que eran los cascabeles de plata que llevaban al cuello los perritos de las princesas, suspendidos en una cinta de oro.

Si la tía Panchita, en ciertas ocasiones, hubiese logrado fisgonear dentro de mi pensamiento, se habría horrorizado de sus encantadores embustes y habría temblado por mi vida, que deseaba ardientemente ir a jugar con princesas y perrillos en el palacio de cristal. Y la sonrisa de compasivo triunfo que habría plegado los labios del tío Pablo, el profesor de Lógica y Ética, si hubiese asomado sus anteojos por los campos de mi fantasía cultivada por su hermana, a quien, según él, le faltaban dos tornillos? ¿Serían el del buen sentido y el de la

lógica? Ahora cierro los ojos y el recuerdo de la querida viejecilla, que fué mil veces más amada para mí que el tío Pablo, a pesar de que ignoraba que existen Lógica y Ética, en este mundo, se sienta en su silla baja y me narra sus cuentos, mientras sus dedos diligentes arrollan cigarrillos. Yo estoy a sus pies en el taburetito de cuero que me hizo el tío Joaquín. Siento el olor del tabaco curado con hojas de higo, aguardiente y miel. Es en una gran sala de paredes enjalbegadas y de pavimento enladrillado. En alguna parte hay un cuadro de una pastora que pone un collar de flores a su cordero. Sobre la cómoda, el fanal que protege *El Paso* de las inclemencias del tiempo y a los lados, unas gallinas de porcelana echadas en sendos nidos.

Son los cuentos siempre queridos de «La Cenicienta», de «El Pulgarcito», de «Blanca-Nieve», de «La Caperucita», de «El Pájaro Azul», que más tarde encontré en otros libros. Son otros cuentos que quizá no estén en libros. De éstos, algunos me han vuelto a salir al paso, no en libros sino en labios.

¿De dónde los cogió la tía Panchita?

¿Qué muerta imaginación nacida en América los entretejió, cogiendo briznas de aquí y de allá, robando pajillas de añejos cuentos creados en el Viejo Mundo? Ella les ponía la gracia de su palabra y de su gesto que se perdió con su vida.

¡La querida viejita que no sabía de Lógicas y Éticas, pero que tenía el don de hacer reír y soñar a los niños!

Tío Conejo comerciante

Una vez tío Conejo cogió una cosecha de una fanega de maíz y otra de frijoles y como era tan maldito, se propuso sacarles todo lo que pudiera.

Pues bueno, un miércoles muy de mañana se puso su gran sombrero de pita, se echó el chaquetón al hombro y cogió el camino. Llegó donde tía Cucaracha y tun, tun. Tía Cucaracha que estaba tostando café, salió cobijándose con su pañuelo para no pasarse.

—¿Quién es? Ah! tío Conejo! Qué se le ofrece? Pase pa dentro y se sienta—y tía Cucaracha limpió la punta de la banca con su delantal.

—Aquí no más—contestó tío Conejo—si vengo de pasadita a ver si quiere que tratemos. Qué le parece que vendo una fanega de maíz y otra de frijoles en una onza y media?

Regaladas, tía Cucaracha, pero la necesidad tiene cara de caballo.

—Pues hay vamos a ver, tío Conejo. Si me decido allá llevo.

—No, no tía Cucaracha. Si se decide es ya, porque si no voy a buscar otro. Vine aquí de primero por darle la preferencia. Y si se decide, llegue a casa como a las siete de la mañana, porque yo tengo que bajar a la ciudad.

—Qué carai! Hago el trato y allá llevo el sábado con mi carreta. Pero no se vaya. Horita está el café y tengo un tamal asado que acabo de sacar.

Tío Conejo se sentó y al poco rato estaba allí

tia Cucaracha con un buen jarro de café acabado de chorrear y una buena ración de tamal asado.

Con ese puntalito entre el estómago, siguió tío Conejo su camino. Llegó donde tia Gallina y tun, tun.

—Quién es?—gritó desde adentro tia Gallina que estaba enredada con el almuerzo.

—Yo, tío Conejo, que vengo a ver si hacemos un trato.

—Pase pa dentro y se sienta. A ver qué es el trato.

Es que vendo una fanega de maiz y otra de frijoles en onza y media. Qué le parece? Como quien dice, echar el maicillo y los frijolillos a la calle... Pero estoy en un gran aprieto y tengo que venderlas por esa miseria. Me vine derecho a buscarla, tia Gallina, porque al fin y al cabo somos buenos amigos y uno debe preferir a los amigos.

Tia Gallina fué a volver la tortilla al comal, y mientras fué y vino, pensó que era un buen negocio y prometió a tío Conejo ir el sábado como a las ocho con su carreta, por el maiz y los frijoles. También le dió un queso hecho en la casa para que probara.

Tío Conejo siguió su camino y llegó donde tia Zorra que estaba pelando unos pollos.

—Hola! Tía Zorra! Qué hace Dios de esa vida?

—Pero hombre! Tío Conejo! Buenas patas tiene su caballo! Pase adelante, pase adelante y ahorita almorzamos.

Tío Conejo entró y propuso el negocio del maiz y de los frijoles a tia Zorra, diciéndole que la había preferido a todos y que por aquí y por allá, y que si se decidía llegara como a las nueve el sábado, porque él tenía que bajar a la ciudad. Tía Zorra dijo que bueno, y prometió llegar el sábado con su onza y media donde tío Conejo.

Después que dió una gran almorzada, tío Conejo se despidió y siguió su camino. Llegó donde tío Coyote que estaba quitando del fuego una gran olla de conserva de chiverre.

—Upe! Tío Coyote. Cómo le va yendo?

—Dichosos ojos! Tío Conejo! Entre pa dentro y prueba esta conservita que está muy rica.

Mientras se comía su plato de conserva, tío Conejo ofreció su fanega de maiz y de frijoles a tío Coyote por onza y media. En seguida aceptó el trato y quedó en llegar por ellas el sábado como a las diez de la mañana, con su carreta.

Tío Conejo se despidió y siguió adelante. Llegó a casa de tío Tirador, quien estaba en el corredor aceitando su escopeta.

—Tío Tirador, aquí vengo a que se haga de cruces, a ofrecerle una fanega de maiz y otra de frijoles en onza y media. Un disparate! Un disparate! Pero es que ando cogiéndolas del rabo con una jaranilla que me ha caído encima.

Tío Tirador trató, y quedó de llegar el sábado con sus dos mulas, por el maiz y los frijoles. Tío Conejo le propuso que llegara como a medio día, porque en la mañana tenía que estar en la ciudad, de precisa y no volvería a casa sino hasta por ahí de la una.

Luego tío Conejo regresó a su casa. El sábado se levantó de mañanita y se sentó en la

tranquera. Apenas había salido el sol, cuando vió venir a tia Cucaracha con su carreta.

Tío Conejo la hizo llevar la carreta detrás de la casa, le enseñó el maiz y los frijoles, tia Cucaracha sacó el pañuelo en que traía anudado el dinero, lo desanudó y puso en manos del vendedor la onza y media.

Tío Conejo invitó a entrar a tia Cucaracha, descolgó la hamaca que estaba prendida de la solera de la sala y le dijo:—Venga, tia Cucaracha y se da una mecedita mientras se fuma este puro habano. Y tia Cucaracha se tiró en la hamaca y se puso a fumar.

Tío Conejo estaba para adentro y para afuera. De pronto apareció con las manos en la cabeza.

—Tia Cucaracha de Dios! Allá viene tia Gallina y es para acá.

—No diga eso, tío Conejo—dijo tia Cucaracha tirándose de la hamaca. Dios libre sepa que estoy aquí! Escóndame por vida suyita, tío Conejo! Ya me parece que estoy entre el buche de tia Gallina.

Tío Conejo la escondió entre el horno y salió a recibir a tia Gallina, a la que hizo llevar la carreta al galerón, le enseñó la fanega de maiz y de frijoles y recibió la onza y media. Después por señas la hizo asomarse al horno y se va encontrando con mi señora Tia Cucaracha que pasó a su buche en un decir amén. En seguida la llevó a la sala, la hizo subir a la hamaca y aceptar un puro habano.

Cuando tia Gallina estaba en lo mejor, entró tío Conejo con las manos en la cabeza:—Tia Gallina de Dios! Adivíneme quién viene allí no más?

—Quién, tío Conejo?

—Pues tia Zorra, y no sé si es por usted o por mí.

—Por mí, tío Conejo. Por quién había de ser? Escóndame, por vida suya. Y la pobre tia Gallina, más muerta que viva, corria de aquí y de allá sin saber qué camino tomar.

Tío Conejo la escondió en el horno y salió a recibir a tia Zorra. La llevó a dejar la carreta en el potrero, para que no viera las otras, recibió su onza y media y en lo demás hizo como antes. Le señaló el horno con mil malicias y tia Zorra se zampó a tia Gallina. Mientras se estaba meciendo en la hamaca y fumándose su puro, tío Conejo estaba como una lanzadera, para dentro y para fuera. En una de tantas, entró haciéndose el asustado:—Tia Zorra de Dios! Adivine quién viene para acá?

Tia Zorra pegó un brinco.—¿Quién, tío Conejo?

Pues tío Coyote... Y no se sabe si es por usted o por mí.

Ah! tío Conejo más sencillo! Por quién había de ser sino por mí? Escóndame y Dios quiera que no me huela.

Tío Conejo la escondió entre el horno y salió a recibir a tío Coyote. Después que éste le entregó la onza y media, lo llevó a la sala.

—Échese en la hamaca, tío Coyote, y descansa. Mientras tanto fúmesese este purito habano. No hay que apurarse por nada. Adiós! De repente, cuando uno menos lo piensa llega la Pelona y adiós mis flores, se acabó quien te

quería. Yo por eso, nunca me apuro por nada

Así que se fumó el puro, tío Conejo le dijo al oído:—Vaya y dése una asomadita al horno y verá lo que le tengo allí. Fué tío Coyote y halló a tía Zorra haciendo zorro. En un momento la dejó difunta y se la comió. Estaba todavía relamiéndose, cuando entró tío Conejo:

—Tío Coyote de Dios! Adivineme quién viene allí?

—Diga tío Conejo—contestó tío Coyote asustado al ver la cara que hacía tío Conejo.

—Pues tío Tirador, con así fusil! Y no se sabe si es por usted o por mí.

—Ay tío Conejo! Ese viene por mí, porque me lleva una gana! Escóndame, por lo que más quiera.

—Pues métase entre ese horno y yo cierro la puerta.

Tío Coyote se metió, con el corazón que se le salía y tío Conejo se fué a la tranquera a recibir a tío Tirador.

—Ya creí que no venía, tío Tirador—dijo el muy sepulcro blanqueado.

—Pase, pase y descansa en esa hamaca, que debe venir muy rendido. Fúmete este purito habano y luego viene a ver su maíz y sus frijoles.

Cuando tío Tirador hubo descansado, tío Conejo le dijo al oído:

—Prepare la guapil, tío Tirador, y vaya a darse una asomadita por el horno.

Así lo hizo tío Tirador quien se va hallando con tío Coyote que estaba con las canillas en un temblor. Tío Tirador apuntó y pun!... adiós tío Coyote!...

Después fueron a cargar en las mulas el maíz y los frijoles y así fué como éste fué el único comprador que recibió la cosecha de tío Conejo quien cobró siete onzas y media por una fanega de maíz y otra de frijoles, y se quedó con cuatro carretas y cuatro yuntas de bueyes y muy satisfecho de su mala fe.

.....
Cuando terminaba este cuento la tía Panchita siempre añadía con tristeza:—Achará que tío Conejo fuera a salir con acción tan fea. Yo más bien creo que fué tía Zorra y que quien lo inventó se equivocara... porque tío Conejo era amigo de dar que hacer, pero amigo de la plata y sin temor de Dios, eso sí que no.

Carmen Eira

San José, Setiembre de 1918.

Mendelismo

El Reverendo Gregorio Mendel nació el 27 de julio de 1822 en Heinzendorf, Austria. Pertenecía a la orden de San Agustín. Sus padres eran humildes campesinos. Llegó a ser Presidente de la Sociedad de Naturalistas de Brun. Gregorio Mendel es una de las más altas personalidades que haya tenido la Iglesia Católica y su nombre está llamado a vivir para siempre en la posteridad.

Así como Darwinismo significa la teoría del origen de las especies, Mendelismo quiere decir la teoría biológica de la herencia. La manera laboriosa, paciente y positivamente científica como llegó Mendel a descubrir las leyes de la herencia forma uno de los más brillantes e interesantes triunfos de la ciencia. El Mendelismo tiene vastísimo alcance comercial, social y científico, puntos que desearía tratar separadamente pero lo reducido de esta crónica apenas me permite bosquejar el asunto desde el punto de vista social y científico.

Primero veamos cómo Mendel llegó a descubrir los secretos de la herencia hasta entonces ignorados: tomó dos plantas las cuales diferían en algunos marcados caracte-

res tales como altura, color de la flor, forma y color de la semilla y produjo por medio del cruzamiento, descendientes de estas diferentes plantas usando una como macho y otra como hembra.

Supongamos que la planta A era alta, con flores rojas, semillas amarillas y redondas y que la planta B era pequeña con flores blancas, semillas blancas y arrugadas; el cruzamiento entre A y B produce no una planta intermediaria como todos suponíamos, sino plantas todas como A, iguales en en todos sus caracteres.

Sin embargo, en un cruzamiento entre sí de estas últimas plantas A produce plantas en una proporción de tres A y una B.

Este experimento demuestra que aun cuando la primera generación de A y B era igual a A, la igualdad era tan sólo en apariencia, pues era una planta híbrida que podríamos denominar A-B para demostrar que aún cuando la primera generación de A y B era como A en apariencia, la B estaba sin embargo oculta.

Ahora, si una planta pura A se cruza con otra B, jamás el producto es A B sino A. Si una B se cruza con B, siempre es B.

Mendel hizo muchos otros experimentos y deducciones; pero aquí tan sólo doy una idea de las verdades biológicas que descubrió.

Para poder conseguir su grandioso propósito, Mendel cultivó diez mil plantas y gastó muchos años de su vida en acuciosa observación y las conclusiones por él deducidas son las de un cerebro privilegiado y genial.

Antes de conocerse el Mendelismo, el mundo científico estaba en la creencia de que el individuo era biológicamente hablando, una mezcla indivisible del padre y de la madre, pero Mendel observó en su estudio del crecimiento de las plantas que no hay tal, que por el contrario somos divisibles, es decir, que llevamos todas las particularidades características de nuestros padres sin que ninguna se pierda: somos una doble personalidad, con todos los atributos de ambos padres.

Dice Drinkwater: «parece evidente que las plantas y los animales están constituidos

en un número de unidades indivisibles de las cuales dependen todos sus características y estas unidades son capaces de actuar independientemente la una de la otra».

Por otro lado, el Profesor Bateson dice: «el hecho incontrovertible de que se necesitan dos células para la formación de todas las formas vivientes, es conocido desde hace mucho tiempo, pero todas las consecuencias de esta doble naturaleza no habían impresionado a nadie antes de Mendel. Aunque parezca el hecho muy sencillo para muchos es cosa difícil asimilar tal idea. Todos estamos acostumbrados a pensar de una mariposa, de un árbol, del hombre como si cada uno de estos seres fuere UNA sola cosa. Para comprender el significado del Mendelismo, debemos familiarizarnos completamente con la idea de que toda forma viviente son DOS, doble en cada una de sus partes constituyentes».

Enrique Ullamas

En una silla de ruedas

por María Isabel Carvajal
(Carmen Lira)

Este es el título del último libro de nuestra colaboradora María Isabel Carvajal (Carmen Lira). La novela de esta delicada escritora es todo un poema de fina psicología, en la que acentúa su personalidad. La Prensa se ha ocupado hasta ahora someramente de la obra, pero le ha anticipado su aplauso, pues María Isabel está consagrada en el mundo de las letras y su intensa labor es definitiva.



El drama nuevo

Los periódicos anunciaban el próximo estreno de un drama de Arturo Ruiz, fundador de «La Nación», y cuya bohemia al pasar por cada vocablo comunicó a la frase amarga ironía.

El léxico, sumiso siempre a su conjuro,

Como esos arbolillos que decoran los parques tuvo que rodearse de agudas espinas para que el vástago creciera y el fruto sazonara.

Los periódicos publicaban extensas biografías en las que campeaba la anécdota



Por eso se dirigió al campo...

le dió moldes diversos en que ir vaciando toda la pena de que estaba lleno su espíritu.

Su «yo» artístico despertaba cuando una piedra lo hería, o cuando la zarza del vicio o cercaba.

Un año antes Arturo Ruiz había vendido su diario a un banquero, por el valor que representaban las máquinas, y lejos de la capital, buscó su nirvana en el amor equívoco de una coupletista.

Según las crónicas la había conocido en

un salón-teatro de provincia, con vestido de zingara, diciendo canciones en inglés, mientras cascabeleaba su traje al unísono con los sonos metálicos de la orquesta. Soñó el pobre bohemio con variar el destino de aquella mujer trashumante, en desasirla del mundo artificial en que se agitaba.

Por eso se dirigió al campo, después de amontonar en el camerino los pomos de afeite, los trajes dorados y los crótalos de marfil negro.

Fueron los brazos de ella como una blanca tienda en el remoto caserío fundado a mitad de la sierra.

Desde lo alto de aquellos picos se veían los ríos en fuga, rehusando encontrarse con las ciudades y el sol envolviendo los montes en un torbellino de fuego.

* * *

El hastío envejeció pronto el paisaje; huyó de la sierra la coupletista, y una noche brumosa de junio, mientras en la alcoba ardía la lumbre y las ramas de un sauce herían rítmicamente las ventanas, Arturo Ruiz dió libertad al pájaro azul, como Garcín, el poeta y parroquiano del café Plombier.

La muerte del fundador de «La Nación» dió margen a un largo proceso y el drama que esa noche subía a las tablas, lo habían extraído de un cofre de la coupletista que furtivamente trató de embarcarse para la Habana.

* * *

El gran teatro hervía de oro y de luz. Los palcos estaban atestados de gente. Después de ejecutar la orquesta una aria de Rigoletto, comenzó la representación.

El drama de Arturo Ruiz descubrió los secretos del bohemio atormentado, la clave del suicidio y así se justificó la actitud de los jueces que habían ordenado el secuestro del manuscrito.

Al terminar el último acto, un silencio trágico pasó como un escalofrío por todos los cuerpos.

Era que la coupletista irguiendo su busto desde un palco secreto paseaba sus ojos como dos puñales sobre el próscenio.

Fué una manera original de delatarse.

Cayó el telón, se oyeron los aplausos, y mientras los hombres se detenían en el

vestíbulo en espera de la coupletista, los grupos de mujeres huían hacia la calle en busca de sus automóviles.

* * *

Cuando salí del teatro, con fiebres de pensamientos en la mente, el jardín cercano estaba desierto y las luces de los focos eléctricos se agitaban nerviosamente, como gotas de azogue.

Me sentí extraño y solo en medio de una ciudad dormida a la que me daban deseos de despertar con la contera del bastón.

Arriba un viento sensual, cargado de perfumes antiguos embestía furioso tocando la falleba de los balcones, un viento quizás escapado de Londres o un profundo suspiro que podía llegar de París.

Leonardo Montalbán

DE ACTUALIDAD



Acudió a la Exposición tan bien pintada Remedios, que el Jurado de Pintura quiso darle el primer premio.



Lea Ud. **RENOVACION**

Página poética

Parábola del Camino

La vida es un camino.....
Sobre rápido tren, va un peregrino
salvando montes. Otro va despacio
y a pie; siente la hierba, ve el espacio.....
Y ambos siguen idéntico destino.

A los frívolos ojos del primero
pasa el desfile raudo de las cosas
que se velan y esfuman. El viajero
segundo bebe el alma de las rosas
y escucha las palabras del sendero.

De noche, el uno duerme inconsciente
e infecundo sopor. El tren resbala
fácil sobre el talud de la pendiente,
y el viajero no siente
que en la campiña pródiga se exhala
un concierto de aromas.....

El prudente
qué marcha a pie, reposa bajo el ala
de un gran ensueño, y trepa por la escala
excelsa de Jacob. Cuando el oriente
clarea, se echa a andar, pero señala
el sitio aquel en que posó la frente.

Ambos llegaron al término postrero;
mas no sabe el primero
qué vió, qué oyó; su espíritu, desnudo
de toda adoración, se encuentra mudo.

El otro peregrino
recuerda cada voz, cada celaje,
y guarda los encantos del paisaje.
Y los hombres lo cercan porque vino
a traer una nueva en su lenguaje,
y hay en su acento un hálito divino....
Es como Ulises: hizo un bello viaje
y lo cuenta al final de su destino....
Porque la vida humana es un camino.

Enrique González Martínez



El Hombre

Si, fué como en las fábulas de Atenas
mármol o bronce púgil y macizo,
fué tan pequeño y débil que el granizo
logró apagar la sangre de sus venas;

Es una larva su desnudo apenas,
miseria y podre sin ningún hechizo;
pero la fuerza que los mundos hizo
le dió inmortalidad a manos llenas.

Satán lo hundió milenio tras milenio;
y él, encendiendo el fósforo del genio
miró en la sombra sus aladas huellas,

Y como sale un pájaro de un pozo,
Diómedes igneo, conductor del gozo,
tomó de nuevo asiento en las estrellas,

Rafael Cardona

Oliveretto de Fermo

Fué valiente, fué hermoso, fué artista.
Inspiró amor, terror y respeto.,
En pintarle gladiando desnudo
ilustró su pincel Tintoretto.

Machiavelli nos narra su historia
de asesino galante y discreto.

César Borgia lo ahorcó en Sinigaglia.
...Dejó un cuadro, un puñal y un soneto.

Manuel Machado



Romana

Es la noche cesárea de la fúnebre orgía:
en los negros jardines bullen fiestas paganas.
Trae el viento las voces de las fieras lejanas,
y hay un acre perfume de embriaguez y agonía.

Bacanal de soldados se abre al César, que guía
carro eúrneo, en un vértigo, entre frondas y lianas;
y a la vez que relumbran cien antorchas humanas,
cien fanfarrias detonan en horrenda armonía.

César manda que en medio de esas vivas hogueras,
para ver el espanto que los rostros demuda,
cien esclavos le traigan y le suelten las fieras.

Y se ve que, de súbito, atraviésa el paisaje,
una virgen cristiana, castamente desnuda,
amarrada a la cola de un caballo salvaje.

José Santos Chocano



La Nave de Argos...

Cuando la nave de Argos con sus cincuenta remos
a la lejana Cólquide su rumbo dirigia,
Jasón dijo: «a las ondas profundas entreguemos
las copas de oro, llenas de un vino de alegría...»

Nosotros, ¿en qué nave gloriosa surcaremos
el gláuco mar, que el héroe supo domar un día?
¿Qué fúlgido tesoro, como él, arrancaremos,
guardado por dragones en la floresta umbria?

Los héroes han vivido... nosotros, escondemos
la frente coronada de rosas en la orgía;
¿a la Thulé postrera jamás abordaremos?

¡Obscuros descendientes de los antiguos dioses,
mostramos sobre el labio un rictus de ironía,
y en nuestra faz, el surco de fugitivos goces!

Leopoldo Díaz

El nido de gorriones

Ancho, huesoso, atlético, con los hombros robustos, las piernas fuertes y el cuerpo encorvado por la edad, era el tío Roque un campesino aragonés que llevaba con energía sus setenta y cinco años y la administración de sus fincas y propiedades, calculadas por los inteligentes del contorno en ciento cincuenta mil duros; un capital diariamente vigilado por su dueño, que recorría sus tierras sobre un caballo de mala muerte para inspeccionar y dirigir la siega en agosto, la vendimia en septiembre, la siembra en invierno, el esquila del ganado en primavera, la recolección de frutos en otoño, y las múltiples faenas de la agricultura en todo tiempo, sin cuidarse del calor ni del frío ni del aire ni de la lluvia; atravesando una atmósfera de fuego cuando el sol abrasaba los campos, y una sábana de hielo cuando la nieve, cayendo de las nubes, se extendía en forma de mancha monótona desde los más hondos repliegues del valle hasta los más altos picachos de la sierra.

Porque el tío Roque no quería dejar nada a la inspección ajena; la más insignificante semilla pasaba por entre sus dedos antes de caer sobre la tierra, aquella tierra suya, completamente suya, a la que quería y amaba con ternuras de abuelo y codicia de amante celoso, tierra de la que no se había separado nunca y de la que parecía hijo, mejor que hijo producto. A tal extremo se había penetrado con ella que era, que era por su aspecto, parte integrante de ella misma.

Su cuerpo achaparrado, duro, lleno de ángulos y nudosidades, asemejábale a una encina añosa, dotada por un capricho de la Naturaleza, de la facultad de trasladarse; su rostro, curtido por la intemperie, era del color de la tierra labrada; no parecía sino que un solo arado, había hecho los surcos de la una y las arrugas del otro; como crece entre los surcos la cizaña, desigual, revuelta y salpicándolos a trechos, crecía la barba en la cara rugosa del viejo labrador; hasta su cabeza puntiaguda, coronada de cabellos blancos, recordaba los picos inaccesibles que se erguían sobre la montaña cubiertos de nieves perpetuas. El tío Roque era un pedazo del

terruño; las raíces de su vida arrancaban de él.

Ni su dinero, ni sus hijos (cuatro hombre-tones, ya casados), ni sus años, ni sus fatigas, fueron bastante a inducirle al reposo, a la existencia cómoda, al vivir quieto de un anciano pudiente... Quebrantábase su salud, con el rudo trabajo a que venía entregado desde el amanecer; algunas noches de invierno una tos seca desgarraba su pecho; no pocos días de verano sintió un ahogo, un principio de asfixia, que le hizo detenerse y buscar apoyo en el tronco de un árbol; aconsejóle el médico, multitud de veces, que descansase, que renunciara a la labor diaria; pero el tío Roque se encogía de hombros, se burlaba de consejos y dolencias y al romper la aurora se bebía un vaso de aguardiente, ensillaba el caballo, y al campo a inspeccionarlo todo, a que trabajasen los braceros, a que produjese la tierra.

¡El reposo! ¡Entregar a manos ajenas el cuidado y conservación de lo suyo! ¡Valiente locura!... ¡No ver sus tierras sino a ratos, como un paseante no más! ¡Como si aquello fuera posible!... Como si él, acostumbrado a trabajar sus terrenos y a dirigirlo todo, pudiera resignarse a vivir inactivo, a convertirse en espectador, a no ver cómo, en las mañanas frías del invierno, desflora la reja del arado la tierra, húmeda y palpitante, para que la mano del sembrador arroje en su seno la simiente fecundadora; a no contemplar bajo los rayos abrasadores del mes de agosto cómo el trillo desgrana la requemada espiga y la hornilla la recoge y la pala la aventa, para que el trigo caiga convertido en grano de oro sobre el ancho montón que cubre la era y se eleva en forma de pirámide; quedarse en casa, bajo la sombra perezosa del emparrado, cuando la hoz arranca de la cepa lozano racimo y el carro lo traslada al lugar y los mozos lo pisotean entonando canciones, hasta que, convertido en mosto, lo recogen las cubas y fermenta en ellas, y de ellas sale transformado en chorro rojizo que humedece los labios y calienta la sangre; no tomar parte en la recolección de los frutos, en el esquila de sus ovejas, en la labor harinera de sus molinos, en la confección y refinamiento de

su aceite!... ¿Era eso lo que querían de él? Pues que no lo esperaran. El haría siempre lo mismo, recorriéndolo todo. A caballo, mientras pudiera tenerse en firme de la silla: en un carro sino podía andar. ¡Aunque fuese a ras-tras!

¿Quién iba a hacerlo si no lo hacía él? ¿Sus hijos? Tenían que cuidar lo de sus mujeres. ¿Un encargado? Como si dijéramos un ladrón, un tramposo, que no podía querer más que su provecho. Y él solo, quieto, dejándose robar en sus propias narices. ¡Que nó!... ¡En seguida!... Apartarse de sus terrenos, no saludarlos a todas horas! Como iba a intentarlo, si lo quería tanto; si en verano, al irse a acostar, dejaba la ventana abierta para recoger todos los rumores de la noche, y no cerraba en tiempo alguno las maderas para no desperdiciar ningún rayo de sol, ninguno; ni siquiera el que se bosqueja en el horizonte al amanecer, sin alumbrar casi, como el parpadeo de unos ojos que despiertan!

El que quería verle furioso no tenía más que hablarle de ello.

Muchas veces le habían propuesto sus hijos, cada uno de por sí y prescindiendo de los otros, irse a vivir con él, ayudarle. Pero el tío Roque se negó siempre. Si hubiesen estado solteros, bueno; con la recua de la mujer y de los chicos, no; el casado, casa quiere. Sabía que de favorecer a uno, se hubieran enfadado los demás y bastante se odiaban al pensar en las eventualidades de la herencia futura, para que añadiese él leña al fuego. Ni un hijo, ni un administrador. El uno y el otro le habían de robar. El solo se bastaba para su negocio.

Así pasaron años, y el tío Roque se fué poniendo achacoso y débil: ya no podía montar a caballo; apoyado con un bastón de nudos, recorría sus propiedades y presenciaba las faenas del campo en toda la energía de su espíritu empeñado en sostener y pasear aquel cuerpo que se tambaleaba sobre la tumba. Pero como sus dolencias le hacían quedarse en casa muchos días; como no lograba inspeccionarlo todo, ni los mozos iban tan derechos ni las cosechas producían tanto como antes; como esto era verdad y lo era también que el tío Roque estaba muy enfermo y el trabajo acababa con él, y su salud tenía necesidad—en opinión de los médicos—de absoluto descanso, resolvieron sus hijos obligarle a cambiar de vida, y fueron a verle

una noche y hablaron con él, sentándose en torno del sillón donde su padre descansaba y oía sus proposiciones, contrayendo su boca sin dientes y fijando en ellos sus ojos astutos de campesino.

El hijo mayor fué el encargado de decirselo, y se lo dijo claro, con rudeza no desprovista de cariño y de lealtad.

—¡Padre, usted está inútil!... ¡La vida que lleva no le sienta bien! Es preciso que descanse usted y que arregle la manera de encargar a otro sus negocios.

—¡A otro! Y ¿a quién?—repuso el viejo. ¿A un extraño?—Eso de ningún modo—contestaron los hijos a coro.

—Entonces, ¿a quién? ¿A uno de vosotros? ¿Queréis vosotros tres que se encargue Antonio de las fincas?

Los preguntados arrojaron una mirada sobre el presunto favorecido claro, con rudeza no desprovista de confianza. ¡Encargarse Antonio de todo! Para aprovecharse de ello; para quedarse con lo mejor... De ninguna manera. Preferirían a un cualquiera.

Leíase esto con tanta claridad en sus ojos, en las frases irónicas y sutiles con que respondieron a la pregunta de su padre, que el viejo les dijo sonriendo con sonrisa entre burlona y triste:

—Ya veo que eso no os conviene. Lo presumía. No os niego tampoco que estoy malo y que el cultivo de las tierras no anda tan bien como años atrás. ¡Qué remedio!... Tendremos paciencia... Yo aré todo lo que me sea posible.

—No, padre. Usted necesita descansar. Se lo ha dicho el médico y se lo repetimos nosotros.

—Pues vosotros diréis como se arregla

—Mire usted, como medio, hay uno.

—¿Cuál?

—Cédanos usted las tierras, repártalas entre nosotros a su gusto; de ese modo nos evitaremos pleitear por las particiones cuando se muera usted; nosotros cuidaremos, cada uno de su parte, como usted mismo, y usted descansa, viviendo al lado de sus hijos, del que usted desee, porque todos lo queremos bien, y nos desviviremos por complacerlo.

—Vamos, dijo el tío Roque con voz nerviosa, ¿queréis heredarme en vida?

—¿Nosotros?

—Sí, no me enfado; es natural que, pen-

séis en ello; pero oidme: cuando vosotros érais muy pequeños, cogí yo en el alar de ese tejado un nido de gorriones; me los llevé a casa, los puse en una jaula y la dejé encima de la ventana. Los padres que habían venido detrás de los gorriones, empezaron a dar vueltas en derredor de aquella cárcel y a piar dolorosamente. Por fin uno de ellos se echó a volar, volvió a poco rato con un grano de trigo en el pico, entró en la jaula, dió de comer a una de las crías, y mientras él practicaba la operación, se fué el otro gorrion y volvió también... cargado de trigo, en fin, que los dos padres mantuvieron a los pajarillos, ni más ni menos que cuando estaban en el alero del tejado. Crecieron las crías y echaron alas; ya revoloteaban dentro de la jaula; los padres seguían alimentándo-

los; cuando estuvieron los pequeños en disposición de volar por su cuenta, puse yo unos espartos con liga delante de la jaula; hice prisioneros a los padres y dí libertad a los hijos. A los padres los encerré. ¿Y sabéis vosotros lo que pasó?—dijo el tío Roque con acento burlón y duro. Que los padres se murieron de hambre, porque ninguno de los hijos se preocupó de darles de comer.

—¿Y qué queréis decir con eso?—exclamó el mayor de los hijos.

—¡Que no despedazaré mi tierra querida por vosotros; que os vayáis a vuestra casa y me dejéis en la mía. Que no me quiero encerrar en la jaula.

Y el tío Roque, riendo a carcajadas, se metió en su cuarto.

Joaquín Dicenta

Instantáneas

“Arfil”

Así se llamaba un perrito que fué excelente servidor de mi abuelo materno.

«Arfil» era pequeño, de ojos color de tabaco, leal como ningún otro.

Al medio día, allá en el dormitorio claro y lleno de tibieza, se llegaba al anciano, callandito; metía la cabeza entre las rodillas de su dueño, le lamía las manos en espera de mimos, de voces y... de pedacitos de pan y galleta mojados en agua, que «Arfil» cogía en el aire con agilidad.

Tenía catorce años, meses más, meses menos. En su primera edad gustaba de ladrar a los transeuntes y a las ovejitas que balaban frente a la casa. Ya viejo, se volvió silencioso y retraído.

¡Los años roban tanta energía!

Poco a poco fué perdiendo la vista. Heríase con frecuencia. Se le cayeron los dientecillos. No oía. Cojeaba de resultas de una caída. Y los gatos de la vecindad lo arañaban aprovechando su abatimiento.

Un día, un día de cielo azul, varios muchachos de mal vivir y peor pensar, entre risotadas, lo acribillaron a tiros y lo dejaron tendido a lo largo del camino que saluda a paseantes y trabajadores con el bisbiseo de sus hojas y la música de sus arroyuelos.

El viejecito, sabedor de todo, muy triste, muy pálido,—¡qué inquietante es la palidez de los ancianos!—lo enterró con sus propias temblorosas manos, en el traspatio de la casa, cerca de unos sidros en flor que amaba el abuelo y que el mismo «Arfil» vió sembrar al amanecer de un domingo en que, junto con mariposas e insectos coloreados, volaban del vecino templo las notas alegres de las campanas que tocaban a gloria...

Carlos Jinesta



Los Romanceros

Romances, viejos romances, centenarios romances populares; ¿quién os ha compuesto? ¿De qué cerebro habéis salido y qué corazones habéis olvidado en tanto que la voz cantaba? A lo largo de vuestros versos se nos aparece la España de siglos.

Entre todos los romances amamos los más breves. Son estos romances a manera de una canción que se comienza y no se acaba; algo ha venido a hacer enmudecer al autor; algo que no sabemos lo que es, y que puede ser fausto o trágico. Lo inacabado tiene un profundo encanto. Esta fuerza rota, este impulso interrumpido, este vuelo detenido, ¿qué hubiera podido ser y a dónde hubiera podido

llegar? Estos romances breves reflejan un minuto de una vida, un instante fugitivo, un momento en que un estado de alma que comienza a mostrársenos, no acaba de mostrársenos. Tienen la atracción profunda de un hombre con quien hemos charlado un momento sin conocerle, en una estación, en una antecámara y a quien no volvemos a ver; o el encan-

to, inquietante y misterioso, de una de esas mujeres que sin ser hermosas, durante unas horas de viaje comenzamos a encontrarles una belleza apacible. «Callad», que ya durante tiempo, desaparecida esa mujer en el remolino de la vida, ha de quedar en nuestra alma como un reguero luminoso.

Azorin

Charlas inofensivas

I

Por fin pagó Costa Rica una de sus grandes deudas. No sonriáis ojos maliciosos, no os repleguéis bocas irónicas, que en esta tal deuda en nada intervienen los banqueros franceses. No, se trata de una deuda de gratitud: la deuda que habíamos contraído con don Mauro Fernández.

Por supuesto, antes de dejar a don Mauro sentado en la piedra desde la cual va a contemplar el desfile de las generaciones, hubo coros de niños y discursos a granel.

El primer discurso fué de don Anastasio Alfaro.

La palabra de don Anastasio es sencilla como una oración mística y trasciende a fe y a bondad.

Cuentan que entre otras cosas dió a entender que don Mauro Fernández no había muerto.

Esto lo oyó el jefe de detectives.

Lo oyó y desde entonces no se da punto de reposo.

Tiene razón.

Como hace más de trece años que no vemos al prócer, el jefe de investigación sospecha que allí hay un secuestro por lo menos.

II

Pancho, el gran Pancho, Pancho Segreda habló después.

Con el volumen que usa este amigo para semanear y aun para los domingos, era en la tribuna la estatua del *cenador* nato.

No pudo el Senado de la República escoger con mayor acierto un representante.

Pancho habló como un libro abierto de par en par.

¡Había que oírlo!

Había que oírlo cuando decía:

—Don Mauro Fernández, señores, es una de las figuras más grandes de Costa Rica.

Y don Mauro desde su piedra parecía reflexionar:

—Nadie juzga lo que por sí no pasa. Ve la paja en el ojo ajeno y no ve la viga en el propio.

III

Fué el último en hablar don Pedro Pérez Zeledón.

En pocas ocasiones hemos oído un tan noble y alto discurso.

Lo que hizo este viejo varón puede decirse llamarse la estatua espiritual del Maestro. Por él conocimos la dulce filosofía de las intimidades del hombre a quien se rendía homenaje.

Lástima grande que a estas horas no ande en forma de folleto por todos los rincones la monografía que así honra a su autor.

Sin embargo, como picaba de lleno

el sol, el discurso pareció un poco largo.

Y cuando el orador llevaba media hora de hablar, un chusco susurró que don Mauro tenía una ac-

titud hostil que podía resumirse en esta frase:

—Bueno, Pedro, o te callas o te tiro el libro.

Pepín

Muertos ilustres

JOSÉ DE DIEGO

Ha desaparecido la noble figura de José de Diego.

Rara coincidencia: nos llega la noticia de su muerte en los momentos en que el correo nos trae su último libro «El Plebiscito portorriqueño», que contiene esa proposición presentada por el poeta en su carácter de Presidente de la Cámara de Representantes de Puerto Rico, en setiembre de 1917, sus antecedentes, naturaleza, fines, oportunidad y trascendencia.

A Puerto Rico consagró José de Diego los últimos años de su vida: trocó su lira por el diario y la tribuna y recorrió los Estados Unidos agitando su verbo en demanda de justicia para su país en desgracia, que pretendía ser independiente.

Reverentes nos descubrimos ante la tumba del esclarecido literato y gran patriota.

CARLOS GUIDO Y SPANO

Ha muerto en la Argentina Carlos Guido y Spano. A la edad de 92 años, que es casi la edad de la República.

Ultimamente la parálisis lo retenía en el lecho. Notable «caseur» fué toda su vida, fecundo en chispazos de ingenio.

En las postrimerías de su existencia tendía a las altas regiones del misticismo:

A otros el triunfo, la verde palma,
a mí el silencio, las sombras, Dios.

Estos son sus últimos versos.

El padre de Guido Spano fué escritor y guerrero, siete veces Ministro de Estado y veinte veces Ministro Plenipotenciario.

En el libro «Ráfagas» coleccionó Guido y Spano su labor de periodista.

Hizo de crítico y polemista y tradujo a Alfredo de Musset y a Macaulay.

Olegario Victor Andrade, el autor de «Atlántida» y «Prometeo», murió en sus brazos, y también el Gral. Mitre. A este último le combatió sus obras históricas.

Entre sus poesías, es popular «Nenia», esa inspirada elegía en que cuenta la destrucción de la raza charrúa en el Uruguay.

En lo físico, según Rubén Darío, era parecido a Walt Witman.

La caída de este bardo lírico es como la caída una encina centenaria.

MÁXIMO GORKI

Otro muerto ilustre, Máximo Gorki.

Los volúmenes que comprenden sus ex-hombres, son tan célebres como los Rugnon Macquart de Zolá. Máximo Gorki es un pseudónimo. De origen obscuro; ejerció en su juventud el oficio de panadero.

Figuró en el grupo de los vagabundos que él pintó con notable exactitud.

Afiliado al socialismo se alzó implacable contra la autoridad del Czar. Fué un cruzado invicto a favor de la independencia de Polonia. La tisis había minado desde hacia tiempo su organismo.

ARRIGO BOITO

El célebre autor de *Mefistófeles* también ha desaparecido. Esa ópera se representó por primera vez en Milán en 1868, y fué un fracaso total. Hasta muy tarde se le hizo justicia.

Murió en Palermo.

El Síndico de la ciudad concedió gratuitamente, como un homenaje postrero al grande escritor, la sepultura en que actualmente reposa, formada por fresco jardinillo, en cuya cabecera se alza una severa cruz de hierro, ubicada en el cementerio de Rótali, frente al eterno mar azul y sobre las faldas del monte Pellegrini, siempre verde.

Jamás hubiera llegado a pensar el sereno espíritu helénico, que le dictó las más altas normas ideales a la juventud americana, que iría a dormir para siempre su tranquilo sueño eterno, bajo la fresca tierra de Sicilia, que bañan las aguas profundas del Mediterráneo y que vieron antaño a Leonardo y a Benvenuto Cellini, agobiados por sus inquietudes, buscando un dulce consuelo para sus decepciones.

RENOVACIÓN

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un sólo autor
Precio: 30 céntimos el ejemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las vírgenes locas*, V. Blasco Ibañez.
- 2 *Clopinel*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia 1917*.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica-fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.
- 8 *Miscelánea literaria*, Juan Maragall.
- 9 *La Ciencia y la Metafísica*, C. Gagini.
- 10 *La vida que pasa*, Eduardo Zamacois.
- 11 *El Estado Docente*, R. Castro Meléndez.
- 12 *La canción triste*, Vicente Medina.
- 13 *Del momento fugaz*, L. Montalbán.
- 14 *Homenaje a Francia 1918*.
- 15 *Desde Europa*, José Enrique Rodó.
- 16 *Dialogos sobre la Belleza*, F. Pi y Margall.
- 17 *Páginas selectas*, Jacinto Benavente.
- 18 *Antología Hispano-Americana*, Nicaragua.

PRÓXIMO CUADERNO:

- 19 *Malos vecinos*, Georges Clemenceau.

EN PREPARACIÓN:

- 20 *El milagro de la campana*, Pio Baroja.
- El hijo del camino*, Jacinto Octavio Picón.
- Un poeta lírico*, Eca de Queiroz.
- Prometeo*, Ramón Pérez de Ayala.
- Crónicas sociales*, Joaquín Dicenta.
- Poemas*, Rabindranat Tagore.
- Evangelicas*, Pedro P. Palacios (Almafuerte).
- La perla negra*, Victoriano Sardou.

Nuestro proposito es dar a conocer los trabajos más notables de Literatura, Ciencia y Pedagogía.

En todos los cuadernos publicaremos una nota bibliográfica y el retrato del autor.

Aparecerán sucesivamente producciones de los escritores más conocidos de todos los países.

PUNTOS DE VENTA:

EN SAN JOSE: Librerías Falcó y Borrásé, editores; Tormo, Alsina, Montero, y nuestro agente José Marin.

EN PROVINCIAS: Rafael J. Elizondo Heredia; Próspero Ramírez, Limón; David Elizondo, Cartago; Ramón Méndez, Alajuela; Augusto J. Grillo, Puntarenas; Nautilio Acosta, San Ramón; Juan Méndez Chaves, Santa Ana; Saúl R. Cordero, Naranjo; Jaime Marin P., Juan Viñas; Carlos Charpentier Z., Puriscal; Abel Quirós, Santo Domingo; Jesús Vargas Alvarado, Zarcero; Augusto Jenkins, Atenas.

Biblioteca de Autores Jóvenes

Director: BARTOLOMÉ GALÍNDEZ

Secretaría: Coronada 161, República Argentina, Buenos Aires

La BIBLIOTECA DE AUTORES JÓVENES es universalmente única, por tratarse de una editorial constituida con el único fin de dar a conocer los libros de aquellos autores jóvenes que no han podido editarlos por sus escasos recursos, permaneciendo, la mayoría, ignorados.

Será, entonces, el Lábaro de la intelectualidad joven de América. Los argentinos y los americanos deben contribuir a esta obra, por un deber patriótico, recordando que el principal engrandecimiento de un país lo forma su cultura.

Mensualmente se publicará un libro. Volúmenes aparecidos:

Antología de poetas jóvenes, La Dirección.

Antología de escritores jóvenes, J. C. Viale Paz.

El viajero indeciso, Alfredo R. Bufano.
El alma de la tarde, Blanca C. de Hume.

Chispas, F. Pablo de Salvo.

Todos deben suscribirse. Si como hasta hoy, no se nos responde, las pérdidas morales serán de la juventud y no nuestras. Al lanzar este llamado somos heraldos de una causa franca. Si la proclama no tiene eco, seremos jueces. Precio del tomo: ₡ 1.00.

FALCÓ Y BORRASÉ, Agentes en San José, Costa Rica.



Lea EOS

Publica 16 páginas de variada lectura. La dirige don Elías Jiménez Rojas.

Precio de suscripción: Serie de 4 números 50 céntimos. Número suelto 15 céntimos.

Solicite un ejemplar de propaganda.

Administración: 7ª Avenida, Este, 42, San José, Costa Rica.

Apartado de Correos número 638.

Falcó y Borrásé, Propietarios.

Diálogos sobre la Belleza

por Francisco Pi y Margall

Librería de Falcó y Borrásé

7.^a Avenida, Este, No. 42, San José, C. R.

OBRAS DE MARDEN

¡Siempre adelante! Es una colección de anécdotas y ejemplos que encaminan la voluntad del joven hacia el ideal de la vida intensa. Precio: ₡ 5.00, emp.

Abrirse paso. Es la confirmación demostrada del criterio sustentada en el primer volumen, llevando a continuación el estudio sobre LA FUERZA DE VOLUNTAD. Precio: ₡ 5.00, emp.

La iniciación en los negocios. Es la guía y consejo del joven que emprende la senda de la vida de acción y necesita luchar. Precio: ₡ 5.00, emp.

La alegría del vivir. Es el libro de la vida plácida y feliz. La realización del ideal de bienestar y reposo. El descanso mental después de la lucha. Estos libros no sustentan principios que combatan ninguna idea política ni religiosa. Precio: ₡ 5.00, emp.

El éxito comercial y El perfecto empleado. Constituyen el nexo de correlación para obtener el éxito comercial. Se estudia en ellos la influencia que la armonía entre patronos y dependientes puede ejercer en el éxito de los negocios. Precio: ₡ 5.00, emp.

El perfecto ciudadano, por Miguel Parera. Segunda edición con un prólogo del Excmo. señor don Eduardo Sáenz y Escartín. Declarado de utilidad para la enseñanza por el consejo de Instrucción Pública, R. O. del 1º de Marzo de 1915. Precio: ₡ 4.00, emp.

El ama de casa, por Federico Climent T. Libro imprescindible para toda mujer amante del orden y prestigio de su hogar. Necesario para las jóvenes futuras amas de casa. Precio: ₡ 4.00, emp.

Las enseñanzas del Quijote. De gran utilidad para la juventud estudiosa. Precio: ₡ 4.00, emp.

Manual del Arte Decorativo, por José Blanco Coris. Libro indispensable a cuantos se ocupan de las artes decorativas y de las industrias de Arte aplicado a la decoración. (Volumen primero). Precio: ₡ 4.00, emp.

OBRAS DE KRAFFOSCKI

TOMOS EMPASTADOS

Fuentes de amor y vida. Se trata de un cántico alentador, un estudio profundísimo de la amatividad, en forma galana y que no tiene rival en su género. Precio: ₡ 3.00.

Castidad virtud y vicio. Es un acabado estudio de la realidad en materias amorosas, relacionadas con las costumbres. Resulta un libro sumamente ameno e instructivo, que demuele y reconstruye, dando al edificio pasional líneas sumamente bellas y proporciones notoriamente justas. Precio: ₡ 3.00.

El manantial del amor. Obra maestra, sin duda, de un fisiólogo eminente, un observador sagaz, un humanista único y un narrador insuperable. Precio: ₡ 3.00.

La deseada o el suplicio de Tántalo. Sorprendente estudio pasional que encierra un argumento interesantísimo, atrayente, hondo, y presentado bajo una forma originalísima, revelándose el autor, además de un psicólogo eminente, un novelista incomparable. Pocas obras de la literatura contemporánea pueden aventajar a ésta, ni igualarla quizás. Precio: ₡ 3.00.

Los temibles ojos. Un asunto atrevido, pero real y humano, que presenta el doctor Max Kraffoscki, con su gallardía peculiar, revestido con todas las galas de su mágico estilo y desarrollado en una forma amena que cautiva al lector desde las primeras páginas. Precio: ₡ 3.00.

Diálogos sobre la Belleza

por Francisco Pi y Margall